

Juan-José López Burniol

Teilhard, 60 años después

En la película *Las sandalias del pescador* –inspirada en la novela homónima de Morris West (1963)–, el personaje del padre David Telemont, que expone teorías contrarias al dogma católico, se inspira en el jesuita francés Teilhard de Chardin, cuyas ideas provocaron un fuerte impacto en los círculos intelectuales católicos –principalmente de Francia, Italia y España– durante los años cincuenta y sesenta, previos al concilio Vaticano II. Su influencia decayó pronto y hoy envuelve a su obra un espeso silencio.

Marie-Joseph Pierre Teilhard de Chardin nació el año 1881, cuarto de los once hijos de una familia burguesa asentada de antiguo en Auvernia. Jesuita desde los 18 años, compaginó su formación filosófica y teológica con la científica, esta en el campo

Permanece inalterable la gran cuestión que Teilhard intentó resolver: la síntesis entre lo natural y lo sobrenatural

de la paleontología. Participó con honores en la Primera Guerra Mundial (cruz de Guerra en 1915, medalla militar en 1917 y caballero de la Legión de Honor en 1920). Comenzó pronto a exponer su pensamiento científico en conferencias y artículos que giraban en torno del que llamó “el problema del hombre”, en un intento de conciliar el dogma católico con las exigencias de la ciencia moderna. En palabras de Calvo Gómez, Teilhard integró algunos postulados del evolucionismo –que él extendía a la realidad espiritual– con su fe cristiana, refutando la interpretación materialista del universo creado, dado que –según él– la materia originaria contiene ya en sí la conciencia como elemento organizativo, razón por la que la evolución se configura como un proceso no puramente mecanicista sino teológico. Su pensamiento se resume en es-

tas palabras de C. Bustos: “Creo que el universo es una evolución. Creo que la evolución va hacia el Espíritu. Creo que el Espíritu se realiza en algo personal. Creo que lo personal supremo es el Cristo universal”.

La obra más conocida de Teilhard y la que condensa su pensamiento es *El fenómeno humano*, publicada a título póstumo en 1955, pocos meses después de morir, hace ahora sesenta años. El resto de sus libros –*El grupo zoológico humano*, *La aparición del hombre*, *La visión del pasado*, *Cartas de viaje* y *El medio divino*– aparecieron también después de su muerte, ya que no obtuvo en vida autorización eclesiástica para publicarlos, por unas reservas teológicas que culminaron en la condena general de su obra por un decreto del Santo Oficio de 1957, según el que los textos del jesuita “representan ambigüedades e incluso errores tan graves que ofenden a la doctrina católica”. Lo que fue confirmado por otro severo *Monitum* de 1962, ya durante el pontificado de Juan XXIII. Y, por otra parte, hay que añadir que Teilhard no tubo más suerte en el ámbito científico, pues, pese a que intentó siempre separar su teoría evolucionista de sus creencias religiosas, no lo logró, por lo que fue cuestionado.

La tarea conciliadora que se propuso Teilhard era ardua. No es por tanto raro que su pensamiento fuese repudiado como herético por la Iglesia y como místico por el mundo científico. El teólogo González de Cardedal lo ha visto así: “Teilhard ha intuido la necesidad de tender un puente entre



ASTROMUJOFF

la teología y la cosmología, pero ni teólogos ni científicos están seguros de que el puente que tiende llegue de una a otra orilla”. No obstante, debe reconocerse a Teilhard que percibió bien que el cristianismo tenía que afrontar el compromiso temporal si no quería quedar marginado. En un mundo dominado por el pesimismo intelectual y la angustia existencial posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el pensamiento de Teilhard supuso un intento de recuperar la

felicidad del hombre desde la perspectiva cristiana de una fe encarnada en la realidad de la naturaleza y de la historia. Es lógico que un mensaje de estas características inspirase por transgresor a los movimientos sociales de la época, que pretendían transformar la organización sociopolítica en un tiempo en el que pareció posible refundar las bases de la sociedad. José-María Valverde vio en la obra de Teilhard la convergencia de la esperanza histórica progresista con la esperanza cristiana, no muy lejos del socialismo no marxista de Emmanuel Monnier. Y Michel Winock recuerda que incluso los comunistas mostraron interés por la obra de Teilhard: “Roger Garaudy esclareció lo que podía tenerse en cuenta y lo que debía rechazarse en ese extraño reverendo padre”.

Fue un momento fugaz. A fines de los cincuenta y comienzos de los sesenta pareció como si una esperanza difusa de renovación y cambio recorriese el mundo que entonces contaba, incluida la URSS. Una esperanza que se encarnó en tres figuras: Juan XXIII, Kennedy y Jruschov.

Pero pronto pasó. Fue, de hecho, la última primavera de Occidente, tras la que se inició la etapa de su definitivo declive que, como siempre, se manifiesta en un inmovilismo refractario a toda innovación, a toda osadía intelectual.

En este marco, la obra de Teilhard se ha desvanecido. Pero, más allá de ella, permanece inalterable la gran cuestión que su autor intentó resolver: la síntesis entre lo natural y lo sobrenatural.●

Carles Casajuana

No todo anda mal

El mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, era la edad de la sabiduría y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación... En una palabra, aquella época era tan parecida a la actual que...”. Así arranca *La historia de dos ciudades*, de Charles Dickens, una de las novelas más leídas de todos los tiempos, y este párrafo prodigioso retrata nuestro agitado presente con la misma fidelidad con que retrataba la no menos agitada época en que la novela apareció, el año 1859.

Oriente Próximo y parte del norte de África están en llamas y sus habitantes huyen a millones, buscando refugio en nuestras sociedades anestesiadas moralmente por el confort de tantos años de paz. Los gobiernos europeos están ofreciendo un espectáculo que nos hace dudar del proyecto de la Unión. La corrupción, lamentablemente tan común entre los gobiernos, también campa por doquier en el sector privado, como el caso de Volkswagen nos demuestra. Rusia parece decidida a resucitar la guerra fría. En Asia, las tensiones nacionalistas aumentan. El progreso de la economía de China se tambalea. El de Brasil, también...

Así podríamos llenar un par de páginas. La lista de escándalos, de guerras y de desastres

no se acaba nunca. Cada día, los periódicos nos sirven una dosis masiva de infortunios, abusos y desgracias. Sin embargo, al mismo tiempo la pobreza, el analfabetismo y la mortalidad infantil están reduciéndose a pasos agigantados en los países en desarrollo. Es un hecho del que se habla poco. Es casi un secreto, como señalaba hace unos días Nicholas Kristof en *The New York Times*, porque los medios informativos, tan aficionados a las malas noticias, no nos lo suelen transmitir con claridad. Pero está cambiando con gran rapidez la faz del mundo que conocemos.

En los últimos veinte años, contra lo que mucha gente cree, la pobreza extrema se ha reducido a menos de un tercio de lo que era. En 1993, el 35% de los habitantes de la Tierra disponían de menos de un dólar con noventa céntimos al día, que es la cantidad que el Banco Mundial considera indispensable para sobrevivir en los países más pobres. Ahora, según el Banco Mundial, los seres humanos que viven en estas lamentables condiciones no llegan al 10%.

En 1990, más de 12 millones de niños morían anualmente antes de cumplir cinco años. Esta cifra se ha reducido a menos de la mitad. Cada día hay menos niños –y sobre todo niñas– que no van a la escuela. En 1990, sólo la mitad de las niñas de los países en desarrollo terminaban los estudios primarios. Ahora, los terminan el 80%, incluso en los

países musulmanes. La época de las niñas como Malala está acabando. Al mismo tiempo, la natalidad está bajando. A medida que la mortalidad infantil cae, los padres tienen menos hijos. En Haití, por ejemplo, en 1985 las mujeres tenían seis niños de media; hoy, tienen 3,1. En Indonesia, 2,3.

Este progreso enorme, debido al crecimiento de los países emergentes y a la asistencia internacional a los que aún no lo son, no sólo está cambiando las condiciones de

Por primera vez en la historia, podemos aspirar de forma realista a vivir en un mundo donde nadie pase hambre

vida de una parte muy importante de los habitantes de este mundo, sino que está demostrando que acabar con la pobreza y el analfabetismo no es ninguna utopía. Dentro de muchos países, entre ellos el nuestro, la desigualdad ha aumentado mucho en los últimos años. Es un hecho palpable. Todos lo vemos cada día. Pero, paralelamente, la desigualdad entre los países desarrollados y los países en desarrollo se está reduciendo con rapidez.

Hace un par de semanas, mientras nosotros, enfrascados en nuestros quebraderos de cabeza, sopesábamos las razones para votar a unos u otros, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó unos Objetivos de Desarrollo Sostenible que aspiran a la eliminación de la pobreza extrema antes del año 2030. La noticia pasó casi desapercibida. Este tipo de declaraciones grandilocuentes provocan un gran escepticismo. Pero hoy el escepticismo ya no está justificado. Erradicar la pobreza no es imposible. Los obstáculos son superables.

Que nadie me malinterprete: el mundo continuará girando indiferente a nuestras cuitas, fabricando conflictos y tragedias al ritmo de siempre. En los cinco continentes habrá gobernantes que abusarán de su poder y oprimidos que sufrirán las consecuencias. Para muchos, la vida seguirá siendo peligrosa y cruel. Los conflictos y las injusticias no faltarán nunca. No debemos hacernos ilusiones. Pero no todo va mal. Cada día hay menos personas que viven en la miseria. Por primera vez en la historia, podemos aspirar de forma realista a vivir en un mundo donde –según los versos memorables de Josep Carner– los niños y los obreros no produzcan tristeza, donde nadie pase hambre. Nos queda aún mucho camino por recorrer, pero el objetivo ya está a la vista. Es un cambio de una magnitud hasta ahora inimaginable.●